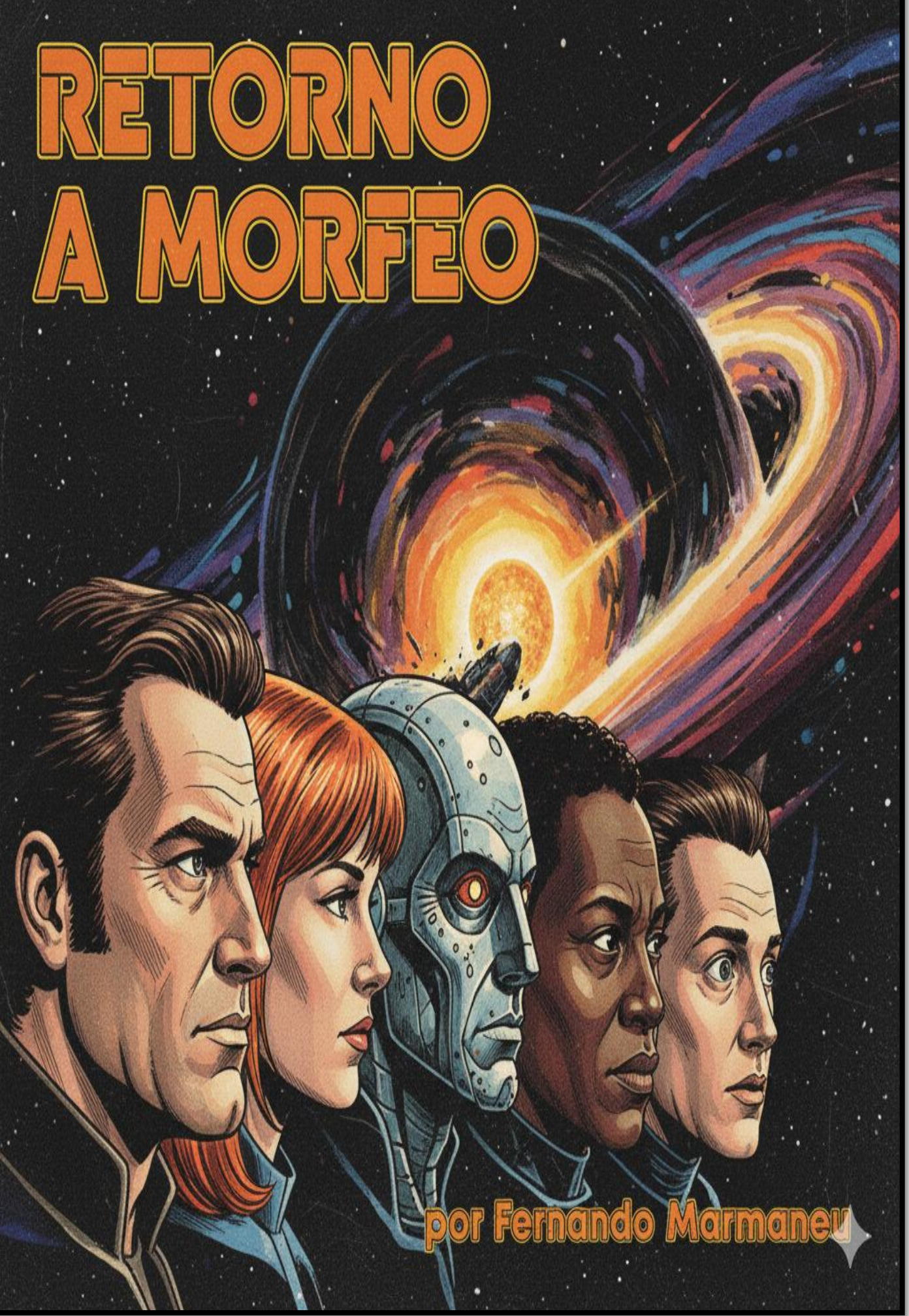
RETORNO A MORFEO



por Fernando Marmaneu

NOVELA GRÁFICA CORTA DE CIENCIA FICCIÓN

Título de la obra: RETORNO A MORFEO

Autor: Fernando Marmaneu Cánovas

Año de publicación: 2025

Copyright © Fernando, 2025.

LICENCIA CREATIVE COMMONS

Esta obra está sujeta a una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional.

Usted es libre de:

Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo las siguientes condiciones:

Atribución (BY): Debe dar crédito de manera adecuada, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios.

NoComercial (NC): No puede utilizar el material para fines comerciales.

SinObraDerivada (ND): Si remezcla, transforma o crea sobre el material, no puede distribuir el material modificado.

Para ver una copia de la licencia, visite:
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es

Retorno a Morfeo

octubre 2025

Historia, guion y maquetación por: Fernando Marmaneu

Dedicado a Lolina, que me apoya
siempre en todos mis proyectos.
¡Gracias por traer orden a mi caos!

Prólogo

Año 3157. La humanidad había alcanzado una etapa de aparente plenitud. La esperanza de vida superaba los 190 años, y la cima de la vitalidad y capacidades se mantenía firme entre los 150 y 160 años. La enfermedad había sido casi erradicada gracias a una simbiosis perfecta entre la biología y la tecnología. Avanzados nanobots patrullaban el torrente sanguíneo, reparando órganos a nivel celular antes de que pudieran fallar, mientras que discretos componentes cibernéticos restauraban cualquier movilidad perdida. Esta proeza nanotecnológica, combinada con un enfoque cultural en vidas sanas y activas tanto física como mentalmente, era el secreto de su longevidad. El cuerpo humano, simplemente, era mantenido en un estado óptimo hasta que sus límites fundamentales impedían continuar. Las divisiones sociales, culturales o étnicas parecían un recuerdo lejano. La Tierra y sus colonias brillaban como un mosaico de

cooperación.

Sin embargo, bajo esa armonía latía un corazón frío: dos corporaciones dominaban el destino de la especie. Ares y Anrom, gigantes que ya abarcaban todos los campos, tecnología, ciencia, industria, farmacéutica, medicina, todo lo imaginable y que habían sustituido a los viejos gobiernos, administraban recursos, avances tecnológicos y la colonización del Sistema Solar. Lo hacían no por altruismo, sino porque su supervivencia dependía de ello.

La amenaza apareció primero como una anomalía. Un cometa que desde hacía siglos pasaba cerca de la Tierra había visto alterada su órbita por un nuevo fenómeno: un agujero negro en formación, surgido cerca de Plutón. Lo llamaron Morfeo.

El riesgo era absoluto: si el cometa impactaba en tierra firme, abriría un cráter de cientos de kilómetros y lanzaría

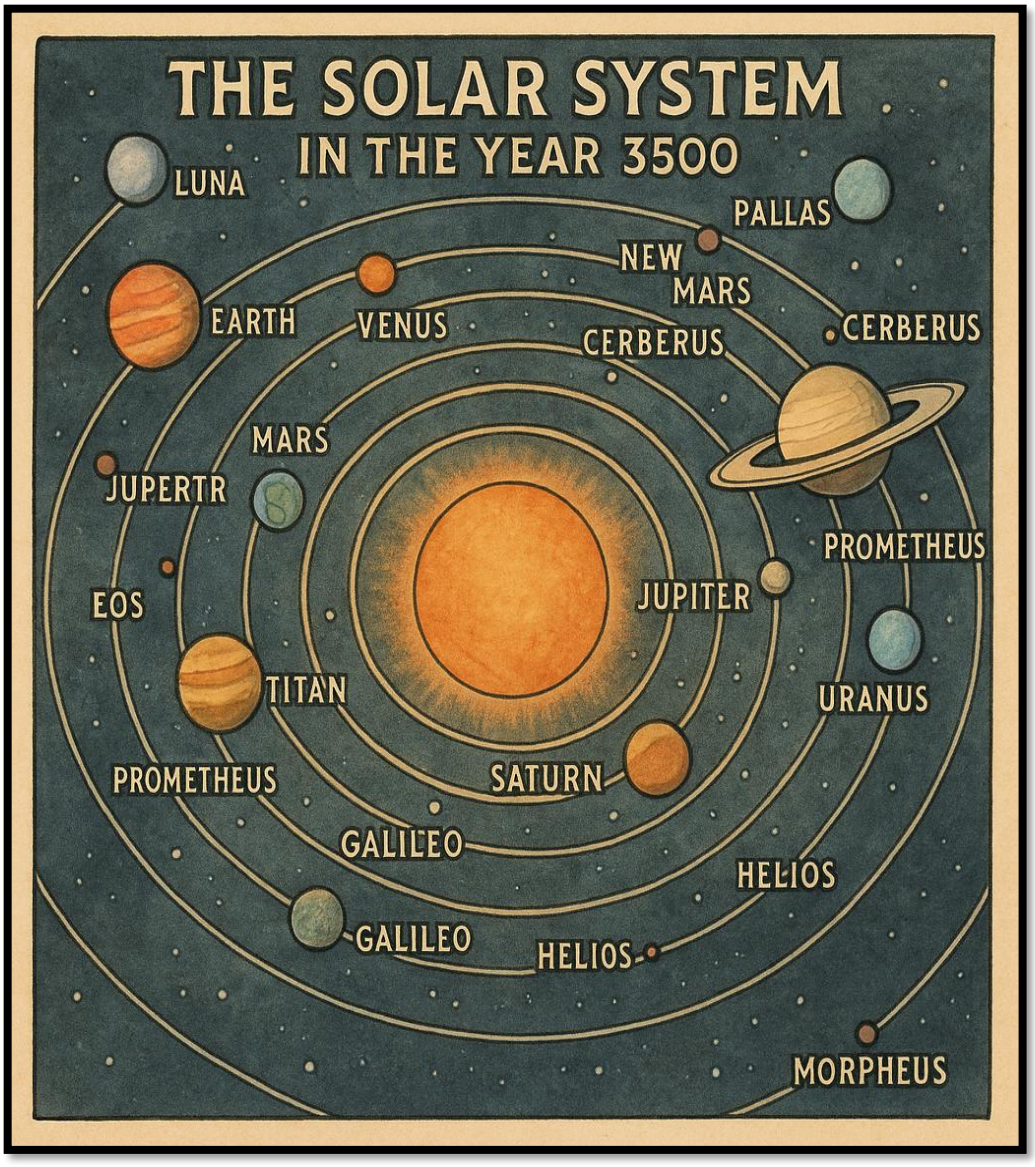
al cielo una nube de polvo que apagaría la luz solar durante décadas. Si caía en los océanos, evaporaría un quinto del agua del planeta, envolviendo a la Tierra en una atmósfera de vapor letal.

Ares y Anrom comprendieron que no podían mirar hacia otro lado. Si la humanidad perecía, ellas también. Por eso, por miedo y no por nobleza, financiaron la misión más peligrosa jamás concebida: enviar una nave al corazón de Morfeo.

La Nova 2, sucesora de un prototipo experimental, sería la portadora de la esperanza. A bordo viajaría una tripulación elegida entre los mejores, acompañados de una inteligencia artificial y un androide diseñado para resistir donde ningún humano podía.

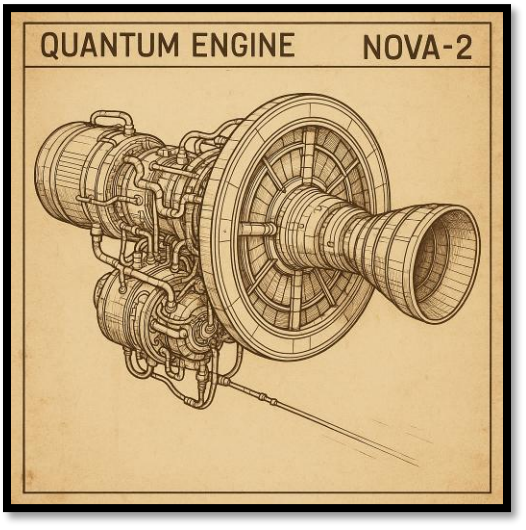
Sabían que el viaje sería, casi con certeza, sin retorno.

Y, sin embargo, aceptaron.


THE SOLAR SYSTEM
IN THE YEAR 3500
LUNA
PALLAS
NEW
MARS
EARTH
VENUS
CERBERUS
CERBERUS
MARS
JUPERTR
PROMETHEUS
EOS
JUPITER
TITAN
URANUS
PROMETHEUS
SATURN
GALILEO
HELIOS
GALILEO
HELIOS
MORPHEUS

Capítulo 1: Un viaje tranquilo a la boca del lobo

El día del despegue de la Nova 2, desde la órbita terrestre, fue un evento cargado de una emoción inusitada. Cientos de miles de naves de observación rodearon la imponente nave, y millones de ojos en todo el Sistema Solar se pegaron a las pantallas. Era la misión de la última esperanza, y cada miembro de la tripulación sentía el peso de esas miradas. Las despedidas fueron breves; las promesas de regreso, inciertas. El rugido de los propulsores fue un trueno que resonó con la expectación de toda la humanidad.



El primer tramo del viaje, desde la Tierra hasta la base Helios en Plutón, se extendió durante casi seis meses. Fue, paradójicamente, una travesía de una monotonía casi exasperante. Días y semanas se sucedieron en una rutina

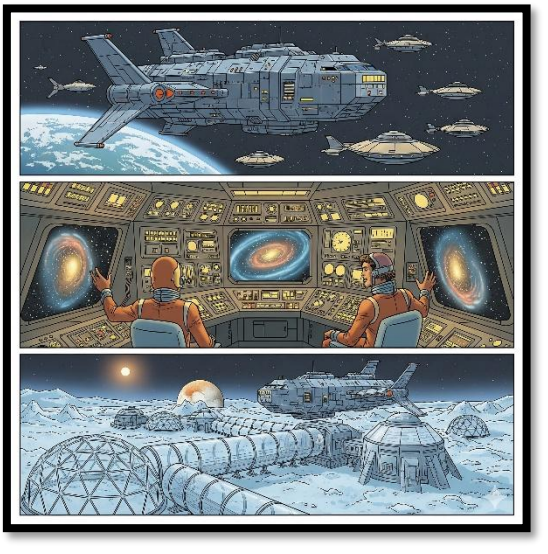
de verificaciones de sistemas, mantenimiento preventivo y el interminable escrutinio de lecturas que no variaba. La inmensidad del espacio exterior se desplegaba ante ellos, hermosa y vacía, sin incidentes. Los días pasaban entre comprobaciones de la integridad del casco, ajustes finos de la navegación sublumínica y las interminables partidas de ajedrez holográfico de Bjorn contra Hermes.

El **comandante Aníbal Andrade**, chileno, de complexión atlética y mirada de acero, repasaba los controles de vuelo con una meticulosidad casi obsesiva. Cada gesto suyo transmitía una seguridad forjada en mil crisis y situaciones extremas vividas. Aunque por dentro, para él, el peso de esta misión le oprimía el pecho como un ancla. A sus ciento cuarenta y ocho años, se encontraba en la plenitud de su experiencia y juicio. Graduado con honores en la Academia Interstellar de Cadetes y **veterano de las Guerras de Calisto**, donde lideró la defensa de la colonia contra la rebelión de los mineros automatizados, sus condecoraciones por valentía y estrategia llenaban un panel completo en su antigua oficina. Era un líder nato, respetado por su calma bajo presión y su implacable ética. Su mente estratégica era un algoritmo viviente.

La **subcomandante Nia-Oba**, de porte elegante y mente estratégica, lo miraba de reojo. A sus ciento cincuenta y cinco años, poseía la agudeza mental y la serenidad que solo décadas de vida y experiencia podían otorgar. Doctora en Xenolingüística y primera en contactar con la

enigmática especie de Vesper, su capacidad para descifrar lo desconocido era legendaria. Había sido galardonada con la Medalla de la Paz Galáctica por su trabajo diplomático y su rol en el establecimiento de los primeros tratados de no agresión interestelares. Había compartido con él mucho más que misiones en el pasado; había compartido un amor que nunca se apagó del todo, solo se transformó en una lealtad silenciosa y a prueba de todo.

Los últimos dos o tres días del viaje a Plutón fueron una intensificación de la rutina. La tripulación se centró en una inspección final de todos los sistemas, sabiendo que la calma estaba a punto de terminar. Cada tornillo, cada circuito, cada línea de código fue revisado con la precisión de un cirujano. La Nova 2 estaba a punto de llegar a su verdadero punto de partida.



Finalmente, la nave se acopló con un suave "clunk" a la estación espacial de la colonia. Ahora, en la gélida superficie de Plutón, la base Helios vibraba con una actividad contenida. Bajo la cúpula transparente, los hangares parecían hormigueros iluminados por un sol

distante y tenue. En el centro, la Nova 2 aguardaba como un coloso de acero y cristal, la última esperanza de la humanidad. Su diseño, que combinaba la robustez y la capacidad de exploración de un crucero profundo con la agilidad de una nave de reconocimiento rápido, era un prototipo avanzado. Capaz de alcanzar velocidades sublumínicas impresionantes gracias a su motor NOVA 2 DE FLUJO CUÁNTICO y resistir condiciones extremas, era la vanguardia de la ingeniería espacial, un puente entre los robustos exploradores de antaño y los ágiles voladores del futuro.

—Todo listo para el despegue —anunció Andrade con voz firme, una vez que la nave estuvo conectada a la base—. Recordad: si el pulso de Morfeo alcanza a la colonia, estaremos atrapados aquí para siempre.

—Aníbal, ¿regresaremos de esta? —preguntó Nia-Oba con un tono sereno que desmentía la gravedad de sus palabras, la mirada de Nia buscaba la de su comandante.

Por un instante, la pregunta pareció atravesar la coraza del comandante. Un recuerdo fugaz, una misión bajo los cielos de Titán, cruzó su mente. Apretó la mandíbula.

—Realmente, no lo sé, pero al menos habremos intentado lo imposible —respondió él, desviando la mirada hacia el ventanal estelar, incapaz de sostener la suya.

La tripulación completaba el ritual silencioso de preparación, cada uno un universo en sí mismo:

- **Elena Sjöberg**, la bióloga nórdica, a sus ciento veintiocho años, era una eminencia en exobiología y biotecnología aplicada, con estudios pioneros en ecosistemas microbianos extraterrestres y la creación de vida sintética. Su trabajo en la terraformación de Marte le había valido el **Premio Kepler de Ciencias Planetarias**. Ajustaba sensores, sus dedos danzaban sobre los paneles con una mezcla de fascinación científica y un temor reverencial por lo que iban a encontrar.

- **Bjorn Halvorsen**, ingeniero jefe, un escandinavo de ciento sesenta y dos años con la robustez de un roble, era un genio de los motores cuánticos y la energía de plasma, artífice de varias patentes clave en propulsión estelar. Lideró el diseño de los sistemas de soporte vital de las colonias de Júpiter y Saturno, recibiendo la **Orden de la Innovación Industrial**. Verificaba los motores cuánticos. Un gruñido de satisfacción escapó de sus labios al ver que todos los parámetros estaban en verde. Su orgullo era tan robusto como la nave que cuidaba.

- **Eirik**, su auxiliar, un hombre de noventa años que parecía mucho más joven, pero cuya juventud solo acentuaba su nerviosismo. Era un técnico brillante,

especializado en calibración de sistemas temporales y navegacionales, aunque su fascinación por las paradojas cuánticas a menudo bordeaba la obsesión. Movía las manos con un nerviosismo casi compulsivo, tanto que las herramientas resbalaban sobre la palma de su mano sudorosa, mientras murmuraba frases sobre la pureza de la línea temporal.

- La doctora **Valeria Montoya**, a sus ciento setenta y cinco años, era la jefa médica de la misión, una cirujana cerebral de renombre y experta en medicina de emergencia en entornos de baja gravedad. Su trabajo en la **recuperación de astronautas de los Accidentes de Cinturón de Kuiper** le otorgó la Estrella del Servicio Médico. Organizaba el material médico con una calma profesional, una máscara para la tensión que sentía al saber que, muy pronto, cada uno de esos instrumentos podría ser la diferencia entre la vida y la muerte.

- **Hermes**, el androide, se paseaba con un aire despreocupado, lanzando comentarios humorísticos que arrancaban sonrisas incómodas. Era su manera de procesar y aliviar el miedo palpable en el ambiente. Su diseño incorporaba una aleación de adamantium y capacidades de procesamiento cognitivo avanzadas, lo que le permitía una fuerza superior, una velocidad de cálculo inigualable y una adaptabilidad a entornos extremos sin necesidad de trajes de protección.

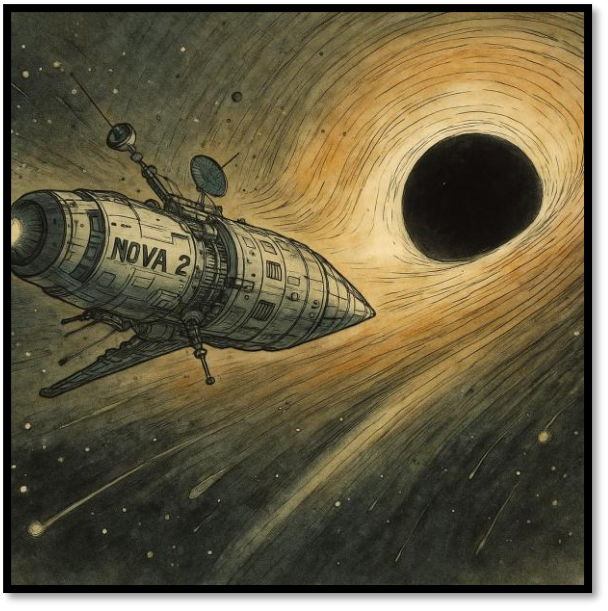
- Y en el corazón de la nave, la IA **Shilka** supervisaba todo, con una voz suave y omnipresente que era, para todos, un ancla de serenidad. Su arquitectura de procesamiento permitía gestionar simultáneamente miles de millones de cálculos, controlar cada subsistema de la Nova 2 con precisión nanométrica y acceder a bases de datos galácticas. Era la computadora central de la misión, una mente omnisciente y omnipresente que garantizaba la coherencia y la eficiencia de todas las operaciones a bordo.

Cuando el conteo llegó a cero, la Nova 2 se elevó con un rugido sordo. El despegue fue impecable. Los hangares quedaron atrás y, con ellos, la relativa seguridad de Helios. Rumbo a Morfeo, rumbo a lo desconocido.

Capítulo 2: El pulso de Morfeo

Dos días después, mientras realizaban maniobras de ajuste en las cercanías de Morfeo, la tripulación vivió su primera sacudida real. Fue un ataque sin previo aviso: un destello de luz sin fuente, un zumbido que vibraba en los huesos y un silencio repentino en las comunicaciones.

De repente, una serie de destellos lumínicos de color azul parpadearon en la consola principal, seguidos de una secuencia de tonos bajos y rápidos, casi como un código morse musical.



Elena levantó la vista de su propio monitor, extrañada.

—¿Pasa algo, Shilka? ¿Alguna anomalía?

—Negativo, doctora Sjöberg —respondió la voz serena de la IA—. Los sistemas funcionan con una eficiencia del 99.87 %.

Hermes, que estaba puliendo su propio brazo metálico en una esquina, se detuvo. Su cabeza se inclinó y de su vocalizador salieron una serie de clics, silbidos y zumbidos agudos, una respuesta ininteligible a los sonidos de la consola.

—¿Y entonces qué era eso? —preguntó Elena, divertida y curiosa.

Hubo un segundo de silencio antes de que Shilka respondiera.

—Simplemente estábamos comentando la paradoja del Gato de Schrödinger aplicada a la moralidad de una sonda espacial no tripulada. Hermes sugería, en tono de broma, que si la sonda no sabe si su misión es ética hasta que no envía los datos, entonces, técnicamente, no ha hecho nada malo.

Hermes se giró hacia Elena, su rostro de metal, completamente inexpresivo, lo que hacía la situación aún más cómica.

—En resumen, doctora: es la versión cósmica de ‘si un árbol cae en el bosque y nadie lo oye’. Solo que, en este caso, el árbol podría estar cometiendo crímenes de guerra interestelares.

Elena soltó una carcajada que resonó por todo el puente, rompiendo la tensión del largo viaje. Incluso Andrade, desde su asiento, no pudo evitar esbozar una leve sonrisa. La extraña relación entre sus dos tripulantes no humanos era, sin duda, una de las pocas fuentes de verdadera distensión a bordo.

—¡Alerta! —gritó Shilka, con su voz teñida de una urgencia sintética—. Pulso electromagnético en curso. ¡Magnitud crítica!

Las luces parpadearon, las pantallas se apagaron durante un instante eterno y la nave entera crujió como si el espacio mismo intentara partirla en dos. Andrade, reaccionando por puro instinto, gritó la orden que los salvaría.

—¡Despegue de emergencia, ahora!

El impacto fue brutal. Lanzó a Bjorn contra una consola. Un crujido seco y un grito ahogado revelaron el daño: dos costillas rotas y el hombro dislocado. Una oleada de rabia impotente lo inundó al verse herido tan pronto. La doctora Montoya corrió a atenderlo mientras él intentaba bromear con un hilo de voz.

—Tranquila, he tenido resacas peores...

—Calla y respira, o no llegarás al próximo salto —replicó ella con una firmeza que ocultaba su preocupación.

Con Bjorn fuera de juego, gran parte del mantenimiento recaería en Eirik. Sus ojos se movían inquietos, casi paranoicos, y esa visión no tranquilizaba a nadie a bordo.

Bjorn hizo un gesto con la cabeza a Eirik para que se acercara a su cama. El auxiliar se aproximó con la mirada baja, inquieto.

—Eirik, ven aquí —dijo Bjorn, su voz era un gruñido grave—. Conmigo fuera de juego, los inyectores de plasma van a necesitar una recalibración manual antes del próximo ciclo. El más mínimo error y fundiremos media nave. ¿Entendido?

—Sí, ingeniero jefe. Por supuesto —respondió Eirik, sin mirarle a los ojos.

Bjorn lo estudió un momento, su mirada era azul y penetrante.

—Y una cosa más. Deja de murmurar sobre las ‘líneas temporales’ y el ‘tejido del destino’. Me pones nervioso a mí y pones nerviosa a la tripulación. Aquí lidiamos con física cuántica, no con filosofía de bar.

Eirik levantó la vista, y por primera vez, Bjorn vio un destello de fanatismo en sus ojos.

—Con todo respeto, señor, es la misma cosa. Las ecuaciones que nos permiten saltar a través del espacio son las mismas que nos advierten de las consecuencias. Hay... reglas. Un orden natural. No podemos simplemente irrumpir en el universo y esperar que no nos devuelva el golpe.

Bjorn soltó un bufido, una mezcla entre desdén y una creciente preocupación.

—Irrumpimos porque un cometa gigante va a convertir la Tierra en un aparcamiento. Ese es todo el orden que necesito entender. Ahora, ve a hacer tu trabajo. Y mantén tus obsesiones para ti. No confío en un ingeniero que tiene más miedo de sus ideas que a un motor a punto de estallar.

Eirik no dijo nada más. Solo asintió rígidamente y se marchó, dejando a Bjorn con una profunda sensación de inquietud. Aquel hombre no solo era neurótico; era un devoto de una fe peligrosa.

Mientras estabilizaban los sistemas, los sensores captaron datos que helaron la sangre de la tripulación: fluctuaciones temporales extremas en torno a Morfeo, como si el tiempo mismo titilara en su cercanía.

—Esto no es un agujero negro normal —susurró Elena, sus ojos brillaron con una mezcla de fascinación y terror—. Es... un pliegue del tiempo.

Shilka guardó cada byte de información. Eran datos que, si sobrevivían, cambiarían la historia de la ciencia para siempre.

Capítulo 3: El fuego del Sol y la danza del sigilo

La energía de la Nova 2 estaba en niveles críticos. Si querían tener alguna esperanza de volver, debían recargar con plasma solar. Pero la recarga no sería un simple viaje; en esta línea temporal, su presencia era una anomalía.

—No podemos acercarnos todos al Sol. La nave no resistiría las llamaradas, y nuestra firma energética sería un faro para cualquier tecnología primitiva de esta era —explicó Bjorn desde la camilla, con voz áspera por el dolor y la frustración. Su mirada se posó en el mapa holográfico que mostraba las escasas colonias humanas de ese tiempo: una pequeña base en la Luna, otra en Marte.

Nia-Oba asintió, su mente ya procesando la logística.

—Exacto. Cualquier detector de radiación o de ondas gravitacionales de las estaciones de la Luna o Marte podría identificarnos. Necesitamos una ruta no solo segura, sino indetectable. Un fantasma en el pasado.

—Yo sí puedo acercarme al Sol, comandante —dijo Hermes, su voz neutral, aunque sus fotorreceptores

brillaban con decisión—. Mi aleación de adamantium y mi aislamiento me permiten resistir las llamaradas directas. Y Shilka y yo podemos calcular la ventana perfecta.

Andrade asintió, dejando ver la tensión en su rostro.

—Pero no es solo una ventana de resistencia. Es una ventana de invisibilidad.

Shilka, a través de los sistemas de la Nova 2, intervino con su voz calmada y omnipresente.

—Comandante Andrade, he cotejado nuestros registros históricos sobre la actividad solar de este período con los patrones de las tormentas geomagnéticas más potentes. Tenemos un conocimiento preciso de cuándo se producirán las mayores eyecciones de masa coronal. Esos picos de actividad serán nuestro camuflaje perfecto.
Elena, la bióloga, añadió con la mirada fija en los datos:

—Las interferencias electromagnéticas de esas llamaradas masivas serían suficientes para enmascarar nuestra firma, tanto del bote salvavidas como, en la fase crítica, de la Nova 2 si nos acercamos lo suficiente para la extracción con el plasma recolectado. Sería como un ruido blanco cósmico que ahogaría cualquier señal.

—El plan es el siguiente —sentenció Andrade, su voz grave—. Hermes, usarás el bote salvavidas, reforzado con los escudos que Bjorn ha diseñado a toda prisa, para rozar las llamaradas solares y recolectar plasma en contenedores. Shilka, tú trazarás la trayectoria óptima para que Hermes evite cualquier punto de detección y para que la Nova 2 se posicione en la sombra gravitacional adecuada. Será un ballet cósmico de sigilo y precisión.

Hermes se acercó a la consola principal. Sus dedos metálicos bailaban sobre los controles mientras Shilka proyectaba intrincadas líneas y vectores por el mapa estelar.

—Calculando trayectoria de aproximación y retirada. La nave Nova 2 se moverá en órbita sincrónica con la Tierra, utilizando su campo magnético como escudo primario, y luego se ocultará tras la luna Ganímedes de Júpiter mientras el bote salvavidas hace su trabajo.

—Una vez que el bote esté cargado y Hermes regrese —continuó Nia-Oba, asumiendo su rol de estratega—, la Nova 2 hará una aproximación final, protegida por la recarga del bote y las interferencias solares, para la transferencia de plasma y la ignición completa del motor cuántico. Luego, un regreso rápido y silencioso a las cercanías de Morfeo, sin ser detectados. Cada milisegundo, cada grado de desviación, importa.

El viaje fue un infierno de luz y una obra maestra de ingeniería. El Sol rugía, y cada llamarada lo azotaba con un fuego inimaginable. Hermes pilotaba el bote salvavidas, su piel sintética se agrietaba, se quemaba, se desprendía en jirones, dejando al descubierto el esqueleto brillante de adamantium. En su procesador, las alertas de daño crítico se solapaban con los datos de navegación, pero su lógica era simple: la misión tenía prioridad sobre su integridad

física. Mientras, la IA de la Nova 2 mantenía un silencio radioeléctrico absoluto, cada sistema operando en su mínima expresión, apenas sonaba como un leve susurro en el vacío.

—Bueno... siempre quise una dieta extrema —bromeó Hermes por el comunicador, su voz distorsionada por la estática—. Creo que ya no podré concursar en Míster Universo.

La tripulación, desde la distancia segura de la Nova 2, observaba en silencio, con una mezcla de horror y una extraña ternura.

Andrade, que nunca entendió del todo su humor, soltó por primera vez una sonrisa sincera, cargada de respeto.

—Pareces un tostador de lujo, Hermes.

—Lo importante es que sigo funcionando, comandante. Y que aún soy más guapo que usted —respondió él.

Hermes regresó destrozado, pero con los depósitos llenos. Había cumplido la misión, aunque su apariencia ahora causaba más lástima que admiración. La Nova 2 se movió

con cautela, sus motores apenas resultaban un susurro, hasta que el plasma fue transferido y los motores cuánticos volvieron a rugir con nueva vida. Habían bailado con el Sol, se habían camuflado en su furia y habían sobrevivido.

El siguiente paso sería el más peligroso: acercarse de nuevo a Morfeo.

Capítulo 4: La entrada al vacío

Con la energía restaurada, la Nova 2 se dirigió de nuevo hacia Morfeo. Esta vez, sin embargo, la aproximación fue diferente. No hubo pulsos electromagnéticos erráticos ni destellos repentinos. En su lugar, el agujero negro parecía absorber toda la luz, el sonido y la esperanza del universo. El silencio se volvió ensordecedor, una manta pesada que oprimía la nave. Las estrellas, en lugar de desvanecerse progresivamente, se distorsionaban en líneas y espirales, como si un artista cósmico estuviera estirando el lienzo del espacio-tiempo hasta sus límites.

—Las fluctuaciones temporales aumentan exponencialmente —advirtió Shilka, su voz inusualmente tensa—. Estamos detectando bucles espaciotemporales

localizados. Pequeñas burbujas donde el tiempo se invierte o se acelera.

Andrade tragó saliva. Esto era peor de lo que esperaban. Las teorías sobre agujeros negros ya eran complejas, pero un "pliegue del tiempo" como lo había llamado Elena, era un nuevo nivel de terror.

—Mantengan la calma. Nia-Oba, establece un patrón de escaneo de alta resolución. Elena, cualquier cambio en la estructura del tiempo, por mínimo que sea, házmelo saber.

La nave se adentraba en la periferia de Morfeo, un reino donde las leyes de la física se desdibujaban. Las consolas mostraban lecturas caóticas, a pesar de los algoritmos de Shilka que intentaban normalizarlas. Fue entonces cuando las visiones empezaron.

Eirik, el auxiliar de Bjorn, fue el primero. Estaba en la sala de máquinas, verificando los conductos de plasma cuando de repente vio la cara de su madre, joven y sonriente, riendo en el huerto de su casa en la Tierra. El olor a tierra húmeda y a lilas lo invadió, tan real que estiró la mano para tocarla. Pero la visión se desvaneció, dejándolo solo en la gélida y metálica realidad de la Nova 2. Jadeó, con el corazón latiéndole desbocado.

Luego fue Valeria. Mientras preparaba un nuevo sedante para Bjorn, vio la cara de su difunto esposo, esperándola en el umbral de su apartamento, con los brazos abiertos. El dolor de su pérdida, que había enterrado durante décadas, resurgió con una intensidad que la hizo temblar.

Soltó un gemido inaudible, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Eirik, ¿está todo bien ahí abajo? —la voz de Nia-Oba se proyectó por el intercomunicador.

Eirik tardó un instante en responder, su voz apenas un susurro.

—Sí... sí, subcomandante. Solo un pequeño... mareo.
Nia-Oba frunció el ceño. Estaba segura de haber oído un quejido.

Andrade, que había visto las caras pálidas de sus oficiales, se levantó de su asiento.

—Shilka, ¿hay algún agente psicoactivo en el aire? ¿Algún gas que esté afectando a la tripulación?
—Negativo, comandante —respondió la IA—. Todos los niveles de aire son óptimos. Sin anomalías detectadas.

Elena, que había estado observando las lecturas más de cerca, levantó la vista, sus ojos muy abiertos.

—No es un gas, comandante. Creo que es el tiempo. Morfeo está proyectando recuerdos... o quizás futuros alternativos. Está... perturbando nuestra percepción. Es el efecto de los bucles temporales, magnificado por nuestra proximidad. Estamos viendo ecos de lo que fuimos o de lo que podríamos ser.

Andrade sintió un escalofrío. Si Morfeo podía jugar con sus mentes, la misión era mucho más peligrosa de lo que habían imaginado. Tenían que entrar en el agujero negro y detener el cometa. Y rezar para que no perdieran la cordura en el intento.

Capítulo 5: El ojo de la tormenta

La Nova 2 se adentró en el corazón de Morfeo. El exterior se convirtió en un caleidoscopio de luces y sombras, donde el espacio y el tiempo se retorcían en una danza hipnótica. Las visiones se intensificaron para toda la tripulación, una sinfonía de recuerdos, deseos y temores proyectados directamente en sus mentes.

Nia-Oba vio a Aníbal en su vejez, retirado, en una pequeña casa con un jardín, leyendo un libro y sonriéndole. Era el futuro que ambos habían anhelado y al que habían renunciado por la Flota. Le dolía como una herida abierta.

Andrade vio una imagen de su padre, al que había perdido joven, orgulloso de él en su ceremonia de graduación en la Academia. Sintió el abrazo, la palmada en la espalda, el susurro de aliento. Era tan real que su garganta se cerró.

Elena vio un nuevo planeta, un edén floreciente con formas de vida nunca antes imaginadas, un paraíso que ella misma había terraformado. La visión era tan hermosa que quiso llorar de felicidad y frustración por saber que no existía.

Bjorn, vendado y adolorido, vio a su esposa e hijos, a quienes había perdido en un accidente de transporte. Rieron con él, le contaron anécdotas, le dieron el último adiós que la vida les negó. El viejo ingeniero, que rara vez mostraba emoción, dejó caer una lágrima.

Incluso Hermes, el androide, experimentó algo. Su procesador fue inundado con miles de simulaciones de futuros posibles, todos ellos terminando con la extinción de la humanidad, y una única posibilidad donde él,

sacrificándose, lograba salvarlos. Fue una visión fría, lógica, pero cargada de un peso que los humanos llamarían "destino".

Mientras tanto, Eirik, en la sala de máquinas, ya no veía simplemente visiones. Las sentía, las vivía. Era un profeta enloquecido por la verdad del tejido del tiempo. Él veía el final de todo, el colapso de la realidad si fallaban. Su nerviosismo se transformó en pánico, en un frenesí de movimientos erráticos, sus manos temblando sobre los controles.

En medio de ese caos perceptivo, Shilka, la IA, trabajaba incansablemente. Cada segundo dentro de Morfeo, su procesamiento aumentaba exponencialmente,

recopilando billones de gigabytes de datos sobre las fluctuaciones temporales, la composición cuántica del agujero de gusano y las anomalías energéticas. Sabía que esta información era vital para entender Morfeo y, quizás, para un futuro de los viajes temporales. Mientras el velo de la locura se cernía sobre la tripulación, Shilka mantenía una comunicación constante con Hermes, transmitiéndole y almacenando copias de seguridad de todos los datos recopilados en los núcleos de procesamiento avanzados del androide. Era un torrente de información, una transferencia masiva, un respaldo de todo lo que la Nova 2 había aprendido. Era una previsión fría y lógica, una última salvaguarda.

—¡Las lecturas del motor cuántico son inestables! —gritó Shilka—. Eirik, ¿qué está ocurriendo?

El auxiliar no respondió. Estaba absorto, murmurando incoherencias.

—Todo está conectado... el futuro y el pasado... si fallamos aquí... ¡será el fin!

Andrade, con la voz templada por el miedo y la determinación, intentó mantener la calma.

—Nia-Oba, Elena, concéntrense en los datos. No dejaremos que Morfeo nos venza. Shilka, dame una lectura de la ubicación del cometa.

—El cometa... ha desaparecido —anunció Shilka, su voz, por primera vez, con un matiz de incredulidad.

Todos en el puente sintieron cómo se les helaba la sangre. ¿Habían viajado hasta el fin del universo para esto? ¿Para que su objetivo se desvaneciera?

—Imposible —dijo Elena, acercándose a la pantalla con los ojos bien abiertos.

Andrade se levantó de su asiento. Si el cometa había desaparecido, solo podía significar una cosa. Habían cruzado el umbral, el punto sin retorno. Y Morfeo no era un agujero negro ordinario. Era algo más. Algo... vivo.

Capítulo 6: La paradoja de Morfeo

La revelación de Shilka resonó en el puente, llenándolo de una mezcla de estupor y terror. El cometa, su misión, había desaparecido. La lógica se tambaleaba en el ojo de Morfeo.

—El cometa no ha desaparecido —dijo Elena de repente, con su voz cargada de una nueva y escalofriante comprensión—. Ha sido... absorbido. No por este agujero negro, no como esperaríamos. Ha sido absorbido por la paradoja misma. Morfeo no s un simple agujero negro gravitacional. Es un agujero de gusano.

Andrade la miró, con la mandíbula tensa.

—Explíquese, doctora.

—Mis lecturas de fluctuaciones temporales... no eran solo ecos. Eran puntos de entrada. Morfeo es una anomalía que no solo distorsiona el espacio y el tiempo a su alrededor, sino que abre vías a diferentes épocas. El cometa ha caído en uno de esos pliegues.

Una fría certeza se apoderó de Nia-Oba.

—Entonces, si el cometa ha viajado en el tiempo... ¿dónde ha ido? ¿Y a qué época?

La respuesta llegó de Shilka, con un tono sombrío.

—He rastreado la firma energética del cometa. Ha saltado a una línea temporal paralela. A nuestro pasado. El año es... 2077.

El puente se quedó en silencio, roto solo por el pitido de las consolas. 2077. Era el punto de inflexión. El año en que la humanidad estaba al borde de la autodestrucción por las guerras de recursos y la contaminación, antes de que las corporaciones Ares y Anrom intervinieron para unificarla a la fuerza.

—Si el cometa impacta en 2077 —dijo Andrade, su voz apenas un susurro—, no habrá humanidad que salvar en el año 3157. Las corporaciones, nuestra era de plenitud... todo se desvanecerá antes de existir. Estamos atrapados en un bucle.

Hermes, con su cuerpo aún maltrecho por el Sol, dio un paso adelante.

—La solución es lógica, comandante. Debemos seguir al cometa. Debemos viajar a 2077 y detenerlo antes de que cause el cataclismo.

El problema era que el viaje en el tiempo no era una ciencia exacta. Ni siquiera con la tecnología del año 3157. Era un

campo teórico, plagado de paradojas y riesgos incalculables.

—Nuestros motores están diseñados para el viaje sublumínico, no para el salto temporal preciso —señaló Bjorn, su voz débil pero lúcida—. Un salto a través de un agujero de gusano es impredecible. Podríamos terminar en cualquier año, o en un universo paralelo diferente.

—Tenemos el mapa del pulso de Morfeo —intervino Elena—. Las fluctuaciones temporales que registramos nos dan una especie de "ruta". No es seguro, pero es lo único que tenemos. Podemos sincronizar la nave con la estela temporal del cometa y seguirlo, en teoría.

Andrade miró a cada miembro de su tripulación, sus rostros marcados por el cansancio y el miedo, pero también por una nueva determinación.

—Entonces no hay elección. Si la humanidad ha de existir, debemos asegurar su pasado. Preparen el salto temporal. Vamos a cazar un cometa. Y vamos a 2077.

Capítulo 7: Un pasado distorsionado

La Nova 2 se preparó para el salto. No había cuenta atrás, solo una secuencia de cálculos frenéticos de Shilka para sintonizar con la estela temporal del cometa. Las luces del puente parpadearon, el metal de la nave gimió bajo una tensión inimaginable, y las estrellas, que un instante antes formaban espirales retorcidas, se estiraron en líneas difuminadas de luz, luego en una ceguera blanca y finalmente en un abrupto silencio.

Un pitido agudo rompió la quietud. Las pantallas se encendieron, mostrando un espacio familiar, pero extrañamente diferente. La Vía Láctea brillaba con una claridad que en el año 3157 solo se veía desde las colonias más allá de los planetas interiores, sin la bruma de la contaminación lumínica que había asfixiado la Tierra durante siglos.

—Hemos llegado —anunció Shilka, su voz carente de emoción, pero con un sutil matiz de alivio—. Año 2077. Coordenadas de entrada coincidentes con la trayectoria del cometa. Estamos en la periferia del sistema solar, cerca de la órbita de Júpiter.

Andrade se acercó a la ventana principal, donde un tenue Sol brillaba, lejano pero nítido. La sensación era surrealista. Habían viajado siglos al pasado.

—Escaneen el sistema solar. Busquen el cometa y cualquier señal de la humanidad de este tiempo. Nia-Oba, activa el protocolo de sigilo a nivel máximo. No podemos ser detectados.

Las pantallas cobraron vida, mostrando mapas planetarios primitivos comparados con los suyos. Los datos llegaban lentamente, filtrados por los protocolos de Shilka para no alterar ninguna transmisión de la época.

—Cometa detectado —informó Elena—. Su órbita es inestable. Parece que su paso por Morfeo lo ha desestabilizado. Podría impactar en la Tierra en cuestión de semanas, no meses.

—¿Semanas? —Andrade golpeó la consola, la frustración creciendo en su pecho—. Eso es mucho menos tiempo del que esperábamos.

—Detecto transmisiones desde la Tierra —dijo Shilka—. Múltiples fuentes. Densidad de población elevada,

tecnología basada en combustibles fósiles, infraestructuras de comunicación globales... y lo que parecen ser conflictos bélicos de baja intensidad en varios continentes. Nia-Oba frunció el ceño.

—Tal como lo describen los registros históricos. El punto álgido de la autodestrucción antes de la intervención de Ares y Anrom.

—Necesitamos más información —dijo Andrade—. ¿Hay alguna base espacial de este tiempo que pudiera detectarnos?

—Según los registros históricos y el escaneo actual, existen pequeñas estaciones de monitoreo primitivas en

órbita terrestre baja y una incipiente base de investigación en la Luna, pero sus capacidades de detección de naves de propulsión cuántica son nulas —explicó Shilka—. El riesgo de detección es mínimo si mantenemos la distancia y el sigilo activo.

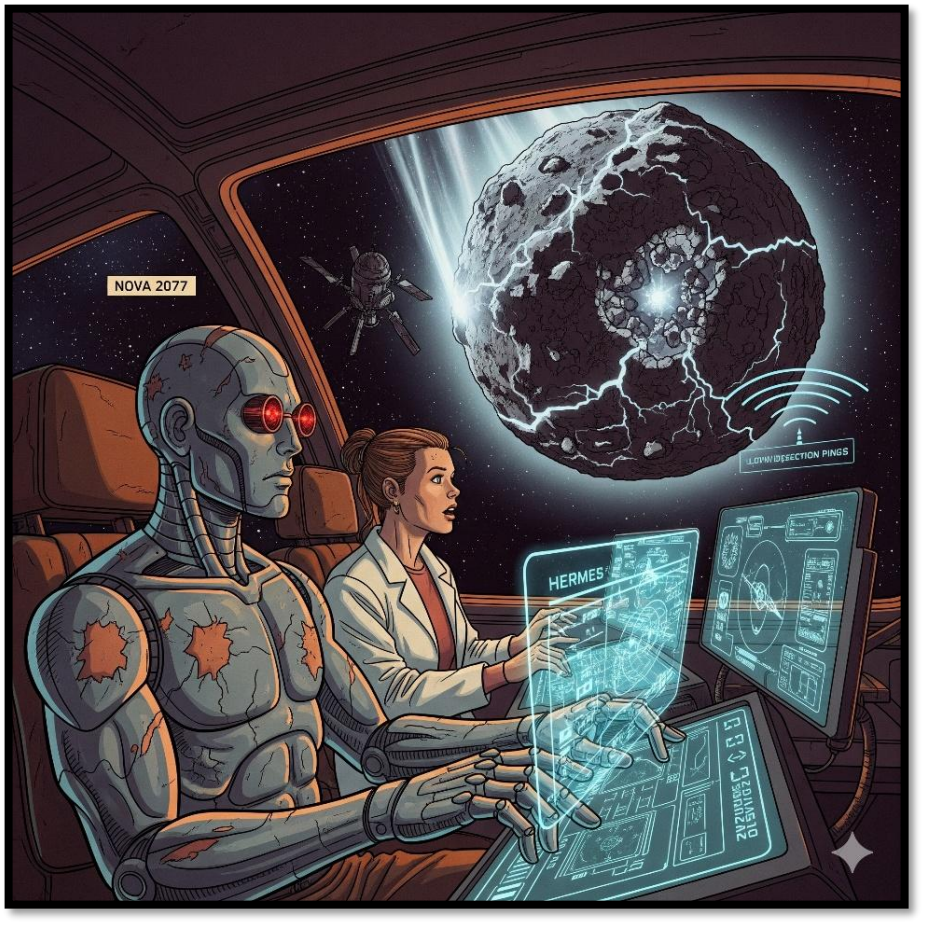
—Bien. Hermes, Elena. Prepárense para una incursión. Necesito saber qué tan avanzado está el cometa y dónde esperan que impacte. Necesitamos un análisis in situ si queremos trazar una estrategia efectiva.

Hermes se enderezó, a pesar de sus quemaduras.

—A la orden, comandante. Siempre listo para un poco de turismo temporal.

Elena, por su parte, sentía una punzada de emoción. Un planeta vivo, rebosante de una diversidad biológica que, en su era, solo se conocía en archivos. El pasado. Estaba pisando el pasado. Pero también sentía el peso de la responsabilidad. La vida que estaban a punto de salvar era frágil, ignorante de la amenaza que se cernía sobre ella.
Mientras la Nova 2 orbitaba en silencio, oculta por la inmensidad del espacio y la tecnología que la separaba de esta era, en la Tierra, millones de personas vivían sus vidas ajenas a la nave que flotaba sobre ellas, ajenas al cometa que se precipitaba hacia ellas, y ajenas a los viajeros del futuro que habían venido a salvarlas.

Capítulo 8: La infiltración en el pasado



La sonda de reconocimiento de la Nova 2, pilotada por Hermes y con Elena a bordo, se desprendió silenciosamente de la nave nodriza. Era un diseño discreto, adaptado para pasar desapercibido en el entorno

tecnológico de 2077, equipada con tecnología de sigilo pasivo y sistemas de recolección de datos avanzados pero invisibles a los escáneres de la época. Su objetivo era interceptar el cometa, analizar su composición y trayectoria actual.

Mientras la sonda se dirigía hacia el cometa, Hermes y Elena ajustaban los sensores.

—Cometa a la vista —anunció Elena, resonando su voz con asombro—. Es... más grande de lo que esperaba en tiempo real. Y la inestabilidad de su órbita es alarmante. Los efectos del salto temporal lo han convertido en una bala errática.

—Lo que significa que la probabilidad de un impacto catastrófico es aún mayor —añadió Hermes con pragmatismo.

De repente, una serie de pings de detección de baja frecuencia aparecieron en la consola de Hermes.

—Detecto una sonda primitiva. Sin propulsión avanzada, pero equipada con sensores de largo alcance. Probablemente un satélite de observación terrestre de este tiempo. Ha registrado un cambio menor en nuestra estela gravitacional.

—¿Nos han detectado? —preguntó Elena, con el pulso acelerado.

—No directamente. Su tecnología es demasiado rudimentaria. Pensarán que es una anomalía astrofísica o algún resto espacial que se ha desprendido de la órbita terrestre. Pero la persistencia de su escaneo indica que les hemos despertado la curiosidad. Necesitamos ser más rápidos.

Se acercaron al cometa, activando la sonda sus escáneres más potentes. Elena trabajaba con una intensidad febril, procesando los datos. La composición del cometa era inusual: no solo roca y hielo, sino rastros de metales pesados y elementos cristalinos que no deberían estar allí. El impacto de Morfeo no solo había alterado su trayectoria, sino también su propia estructura.

—Comandante Andrade, tenemos datos cruciales —dijo Elena por el comunicador seguro—. La composición del cometa es... rara. Contiene elementos que sugieren una interacción profunda con el agujero de gusano. Y lo peor es que su velocidad de aceleración está aumentando. Los cálculos iniciales de Shilka eran optimistas. El impacto ocurrirá en menos de una semana terrestre. Si no actuamos rápido, la Tierra de 2077 será historia.

En el puente de la Nova 2, el anuncio de Elena fue un jarro de agua fría. Menos de una semana. El tiempo se agotaba a una velocidad vertiginosa. Andrade apretó los puños.

—Shilka, ¿cuáles son nuestras opciones para desviar o destruir un objeto de ese tamaño con nuestra tecnología actual, minimizando el riesgo de alterar la línea temporal?

—El principal riesgo de alteración no es la destrucción del cometa, sino las repercusiones de un impacto tan grande en esta era tecnológicamente frágil —respondió la IA.

Un impacto en el océano podría causar tsunamis globales y una nube de vapor que aceleraría el cambio climático, afectando la evolución y avances posteriores. Un impacto en tierra firme generaría una nube de polvo que iniciaría una era glacial temprana. Ambas opciones desviarían drásticamente la evolución de la humanidad hacia el año 3157. La solución más eficiente y menos disruptiva sería un cambio de trayectoria lo suficientemente sutil como para que el cometa se desintegre en la atmósfera de Júpiter o de Saturno.

Andrade asintió. Su mente estratégica ya estaba trabajando.

—Bien. Necesitamos un empuje preciso. Algo que altere su curso lo justo para que la gravedad de los gigantes gaseosos haga el resto. Bjorn, ¿tienes alguna idea desde tu convalecencia? Necesitamos un empujón, no una explosión.

Bjorn, aunque aún adolorido, ya estaba tecleando en su propia consola. Sus ojos brillaban con la luz de ingeniería y el fugaz paso de una interfaz de pantalla a otra.

—Comandante, si usamos un pulso de nuestro motor cuántico, sintonizado para interactuar solo con la masa del cometa, podríamos generar una pequeña alteración gravitacional. Un empujón preciso. Necesitaríamos una distancia y una sincronización casi perfectas. Pero es arriesgado. Podría sobrecargar el motor o revelar nuestra posición.

—Riesgos que debemos asumir —dijo Andrade con firmeza—. No hemos venido hasta aquí para dudar. Hermes, Elena, vuelved a la Nova 2. Shilka, empieza los cálculos de trayectoria para ese pulso. Nia-Oba, prepáranos para la maniobra. Esto es todo.

La Tierra de 2077, convulsa y ajena, seguía su curso. Y sobre ella, en la inmensidad del espacio, la tripulación de la Nova 2 se preparaba para reescribir, o salvar, su propio futuro.

Capítulo 9: El dilema del guardián del tiempo

De vuelta a bordo de la Nova 2, la tripulación sentía la presión del tiempo. Menos de una semana. La atmósfera en el puente era tensa, cada miembro estaba absorto en su tarea. Los murmullos de Eirik en la sala de máquinas se convertían en una constante inquietante.

—Los cálculos de Shilka para el pulso gravitacional están listos, comandante —informó Nia-Oba—. Necesitamos acercarnos al cometa a una distancia de seguridad crítica y disparar con una precisión de un milímetro. La ventana de oportunidad es de apenas siete segundos.

Andrade revisó los datos. En su rostro se apreciaba una máscara de concentración.

—¿Y el riesgo de detección?

—Alto. El pulso, aunque sutil, generará una firma energética que los detectores de 2077, por rudimentarios que sean, podrían captar si están en la dirección correcta —respondió Shilka—. Pero no hay otra forma de lograr la precisión necesaria.

Elena se acercó, con sus ojos dejando entre ver sus pensamientos.

—Hay otro factor. Si alteramos la trayectoria del cometa, ¿qué pasa con el equilibrio del sistema solar de esta era? ¿Podría haber efectos secundarios impredecibles? La órbita de algún asteroide menor, la inclinación de algún planeta...

—El cometa es un objeto errático en este momento —intervino Bjorn, ya más recuperado, aunque con el brazo en cabestrillo—. Su masa es significativa, pero no dominante. La alteración que proponemos es mínima, solo un empujón para redirigirlo hacia la atmósfera de un gigante gaseoso. El efecto dominó sería insignificante a largo plazo.

—Sin embargo —añadió Shilka—, si el pulso es demasiado fuerte o el cometa se desintegra de una manera inesperada, los fragmentos podrían caer en el cinturón de asteroides, o incluso impactar en planetas interiores con consecuencias impredecibles para la línea temporal. Estamos jugando con fuego.

La voz de Eirik llegó por el intercomunicador, extraña y distorsionada.

—¡No podemos! ¡No podemos jugar con el tiempo! Hay un orden... un equilibrio. Lo he visto. El cometa debe seguir su curso. Si lo desviamos... si lo cambiamos... el equilibrio se romperá. Habrá una... paradoja del guardián.
Andrade frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando, Eirik? Concéntrate en tus tareas.

—¡Lo he visto! —insistió Eirik, su voz subiendo el volumen de su voz—. Si el cometa no golpea, entonces las **Guerras de Calisto** no ocurrirán. Y si las Guerras de Calisto no ocurren, el comandante Andrade no desarrollará las estrategias que salvarán a la humanidad en el futuro. Nuestra misma existencia es una paradoja. ¡Si lo salvamos, nos destruimos!

Un escalofrío recorrió el puente. Las palabras de Eirik, aunque desquiciadas, tenían un eco perturbador. ¿Y si el catastrófico impacto del cometa en 2077, que para ellos era un apocalipsis, era en realidad un evento necesario para forjar el futuro que conocían? ¿Y si su propia existencia en 3157 dependía de esa catástrofe en el pasado?

Nia-Oba miró a Andrade, con la duda reflejada en sus ojos.

—Comandante... la paradoja del guardián es una teoría.

Pero la posibilidad de que Eirik haya vislumbrado una verdad...

Andrade apretó los puños, el conflicto interno era evidente en su rostro. La misión era salvar a la humanidad, pero ¿qué humanidad? ¿La del 2077 o la que ellos conocían?

—Estamos aquí para salvar la Tierra. El objetivo es claro. No podemos permitir que el cometa impacte. Eirik, lo que has visto son ilusiones de Morfeo, igual que las nuestras. Shilka, ¿el pulso es viable?

—Cien por cien de viabilidad técnica, comandante. El riesgo de paradoja existencial no puede ser cuantificado.
El comandante tomó una respiración profunda.

—Preparad el motor cuántico. Hermes, tú serás el encargado de activar el pulso. Tu velocidad de reacción es inigualable. Elena, Nia-Oba, controlad los escáneres al milímetro. Bjorn, supervisa los sistemas de energía. Doctora Montoya, esté lista para cualquier contingencia.
La decisión estaba tomada. A pesar de la advertencia enloquecida de Eirik, a pesar de los riesgos temporales, Andrade no podía permitirse la inacción. Iban a desafiar el destino, a reescribir el pasado. Y solo esperar que el futuro que salvaran fuera el que ellos conocían.

Capítulo 10: El instante crucial y el sacrificio de Shilka

La Nova 2 se acercó al cometa. El silencio en el puente era tan denso que casi se podía cortar. Las luces de emergencia parpadeaban suavemente, proyectando sombras alargadas sobre los tensos y preocupados rostros de la tripulación. Cada uno estaba en su puesto, con la respiración contenida, y los ojos fijos en sus respectivas consolas. El cometa, una masa irregular de roca y hielo teñida por extraños cristales del pliegue temporal, ocupaba ahora casi toda la ventana de observación.

—Distancia de aproximación final alcanzada —informó Shilka, su tono ahora frío y preciso, estaba ajeno a la tensión palpable—. Listos para la maniobra de posicionamiento.

Andrade tragó saliva. La pantalla principal mostraba el cometa y la trayectoria proyectada del pulso. Un ligero temblor en el mouse de su mano era el único signo de su nerviosismo.

—Nia-Oba, inició la maniobra de alineación. Hermes,

preparó el pulso. Elena, confirmaba las lecturas del cometa.

Nia-Oba movió los controles con una suavidad impecable, el pulso del motor cuántico apenas era un susurro mientras la Nova 2 se deslizaba a su posición óptima. La precisión era quirúrgica, cada movimiento era vital.

—Alineación en 3... 2... 1...
Posición bloqueada, comandante.

—Cometa estable en el objetivo. Elementos cristalinos vibrando a una frecuencia anómala, pero el núcleo es sólido. ¡Pulso autorizado!

—gritó Elena. Lo que sus ojos de bióloga contemplaban, los hacían brillar fascinados por la anómala composición del cometa, incluso en ese momento crítico.

Hermes, con sus dedos metálicos sobre el activador, no mostró emoción, pero su lógica estaba en su punto álgido. Su vida programada estaba a

punto de alcanzar su propósito y objetivo más alto y noble.

—Activando secuencia de pulso cuántico. Siete segundos de ventana...

De repente, un grito desgarrado resonó en el intercomunicador, proveniente de la sala de máquinas.

—¡No! ¡No lo hagan! ¡Lo he visto! ¡La paradoja nos consumirá!

Era Eirik. Su voz sonaba completamente desquiciada, teñida de un terror ancestral. Se escuchaban golpes y el crujido de metal.

—¡Eirik! ¡Mantén tu puesto! —gritó Andrade, pero era inútil. Shilka intervino con una urgencia que nunca antes le habían escuchado.

—¡Comandante! Eirik está intentando sabotear el generador de pulso. Ha cortado los circuitos auxiliares. Si el pulso se activa sin la compensación correcta, podría colapsar el motor cuántico de la Nova 2.

El pánico se apoderó de todos. No solo estaba Eirik intentando detenerlos, sino que podría destruir la nave en el proceso.

—¡Hermes! ¡Aborta el pulso! ¡Valeria, Elena, ¡cualquiera! ¡Corred a la sala de máquinas, ahora! ¡Neutralizad a Eirik! —ordenó Andrade, con su voz cargada de desesperación.

Hermes, ya con el dedo a un milímetro del botón, dudó. Sus algoritmos se enfrentaron a una paradoja. Si abortaba, la Tierra de 2077 se destruiría. Si continuaba, la Nova 2 podría ser destruida, impidiendo cualquier futuro, cualquier posibilidad de regreso.

En ese instante, en una fracción de segundo, la voz de Nia-Oba resonó, clara y firme, cortando el caos.

—¡Hermes, espera! ¡Shilka, haz los cálculos! ¿Podemos redirigir la energía del pulso a través de los propulsores auxiliares para compensar el sabotaje? ¿Aunque sea una descarga parcial?

—Cincuenta por ciento de probabilidad de éxito, subcomandante. La compensación será imperfecta. El pulso será menos preciso, pero la nave podría sobrevivir.

—¡Hazlo, Shilka! —gritó Nia-Oba—. ¡Hermes, activa el pulso! ¡Ahora!

Hermes, con una determinación que sobrepasaba su programación, no lo dudó más, dejo caer todo el peso de su frío dedo metálico sobre el botón de activación del pulso.

Una vibración colosal sacudió la Nova 2. El espacio exterior se retorció en un remolino de energía. El cometa, en un instante, pareció oscilar, moviéndose apenas un grado en su trayectoria. Un empujón sutil, pero definitivo. El cometa se desvió. Su curso ya no era la Tierra. Ahora se dirigía a la órbita lejana de Júpiter.

La Nova 2 se tambaleó. Sus sistemas luchaban tratando de estabilizarse. Las luces rojas de alarma inundaron el puente.

—¡Motor cuántico inestable! ¡Perdiendo potencia! —gritó Shilka.

En su voz se apreciaba una distorsión digital alarmante. Sabía que este acto la destruiría. Había guardado los datos. Había cumplido su propósito. Con sus últimos ciclos de procesamiento, se dirigió a Hermes a través de una conexión directa. —Hermes, todos los datos, la experiencia de Morfeo, los bucles temporales... todo está ahora en tus núcleos de proceso y almacenamiento. Eres el archivo viviente. Continúa... mi... función...

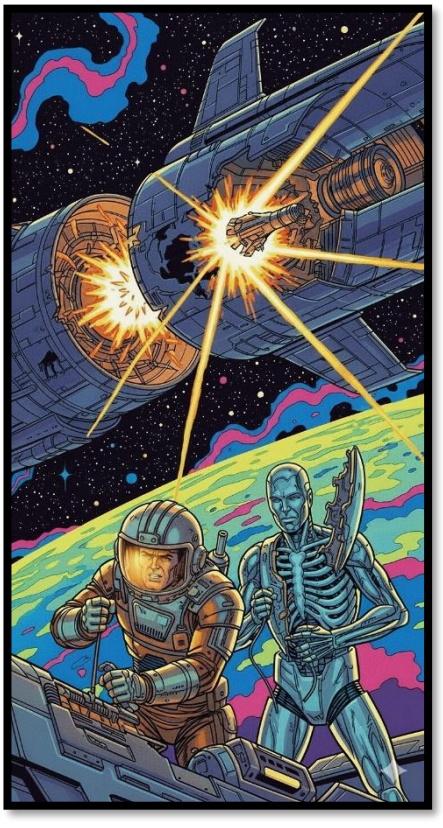
Las luces de Shilka, en la consola principal parpadearon violentamente, luego se apagaron por completo.

La voz omnipresente de Shilka se silenció. El corazón digital de la Nova 2 se había sacrificado para salvar la misión. Un momento de luto silencioso se apoderó de la tripulación.

Pero la misión, al menos, estaba cumplida. Habían salvado a la Tierra de 2077. Ahora solo quedaba salvarse a sí mismos, y llevar los datos de Shilka de vuelta a casa.

Capítulo 11: La fuga, la confrontación y la reparación en el vacío

La Nova 2 se alejaba del cometa, que ya había sido redirigido hacia Júpiter, pero la nave estaba gravemente comprometida. El motor cuántico, sobrecargado por el pulso parcial, chirriaba y lanzaba chispas. La atmósfera en el puente era de un caos controlado mientras intentaban recuperar el control, ahora sin la guía de Shilka.



Mientras tanto, en la sala de máquinas, Elena y Valeria se encontraron con un Eirik completamente enajenado. Sus ojos brillaban con una luz febril, su rostro estaba desencajado por el terror de las visiones de Morfeo.

Había causado daños significativos, arrancando cables y golpeando paneles de control con toda la fuerza que te hacer sentir la desesperación, el miedo, el terror, el pánico.

—¡Lo he salvado! ¡El tiempo debe seguir su curso! —gritaba, mientras intentaba sabotear otra consola.

Valeria, la doctora, fue la primera en reaccionar. Con una jeringuilla de sedantes en la mano, intentó acercarse con cautela, pero Eirik la vio. Se giró, blandiendo una llave inglesa con una fuerza sorprendente.

—¡No dejaré que destruyan el futuro! ¡No entienden lo que han hecho!

Elena, con su agilidad, logró interceptar a Eirik, desarmándolo. Él luchó con una ferocidad inesperada, gimiendo y forcejeando, intentando liberarse. Valeria aprovechó el momento para inyectarle el sedante, que hizo efecto casi de inmediato, dejándolo flácido y exánime en el suelo.

—Llévenlo a la enfermería, asegúrenlo —ordenó Andrade por el intercomunicador, se le percibía cansado pero firme—. Y reparen lo que puedan ahí abajo. Necesitamos estabilizar el motor o nunca saldremos de aquí.

Nia-Oba, desde el asiento del copiloto, luchaba con los controles.

—Comandante, no podemos regresar a Morfeo con este motor. El riesgo de colapso es del 90%. Necesitamos más plasma, pero no tenemos tiempo para otra excursión solar. Y estamos en 2077. No hay bases de recarga para una nave de estas características.

Andrade se pasó una mano por el rostro. La paradoja de Eirik resonaba en su mente: ¿habían condenado el futuro de la humanidad para salvar su pasado? ¿Y ahora estaban atrapados?

—Tenemos los datos de Shilka en Hermes. Él tiene el conocimiento de cómo se comportó Morfeo en el pasado y la tecnología para replicar los cálculos de Shilka. Hermes, ¿hay alguna otra fuente de energía en este sistema solar que podamos aprovechar sin ser detectados? Algo que pueda darnos el empuje para un salto temporal improvisado.

Hubo un momento de silencio, solo roto por el sonido de las reparaciones de emergencia en la sala de máquinas y el gemido de los sistemas.

—Comandante, hay una posibilidad — dijo Hermes. Ahora sonaba más serio, más formal, con la inmensa base de datos de Shilka a su disposición e integrada en su sistema. Tenemos detectada una estrella de neutrones binaria, en la galaxia de Andrómeda, detectada a través de las lecturas de Morfeo antes del salto. Su radiación de pulsos gamma podría ser capturada y convertida en una sobrecarga

temporal de energía para el motor cuántico – comentó Hermes - Pero...

—Pero ¿qué? —preguntó Andrade.

—Esa estrella de neutrones está a miles de años luz de distancia. Y el único modo de alcanzarla a tiempo para un salto es... a través de un pliegue espaciotemporal sin mapear. Un riesgo incalculable. Además, el motor cuántico está en un estado crítico, comandante.

Necesitamos reparaciones externas antes de cualquier otro salto. La compuerta de plasma está atascada y el sistema de refracción del campo está desalineado.

Andrade miró a Hermes, luego a la oscuridad del espacio. La única forma de reparar eso era salir al exterior de la Nova 2. Y el único que podía acompañar a Hermes en el exterior era él mismo, con su traje de piloto de combate reforzado.

—Es nuestro único riesgo —dijo Andrade. Su mirada volvió a ser la del líder que había enfrentado mil peligros—. Hermes, tú y yo salimos. Bjorn, Elena, supervisad las reparaciones internas. Nia-Oba, mantén la nave lo más estable posible. Preparad las esclusas.

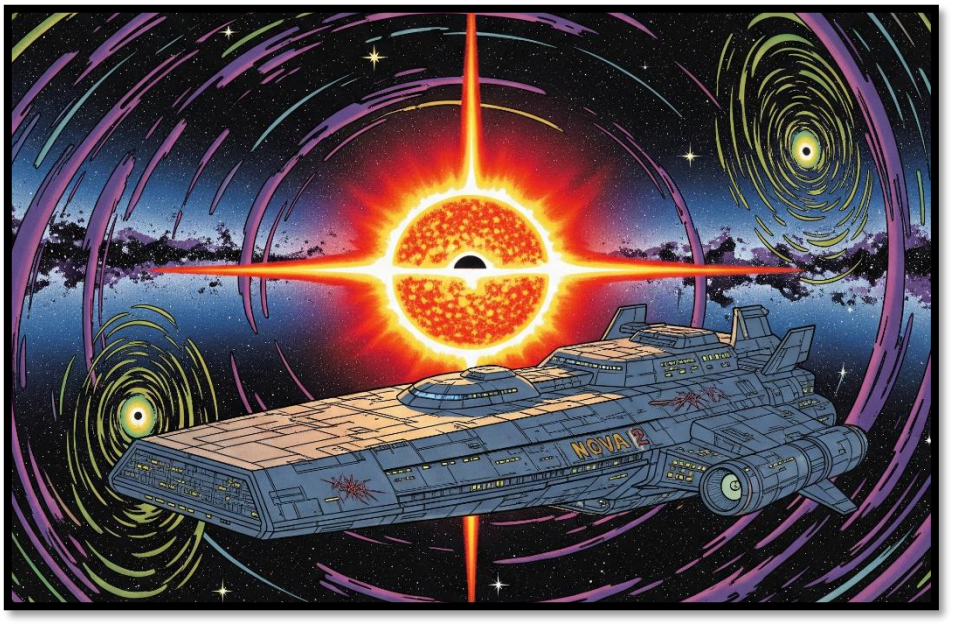
La EVA (exploración extra vehicular) fue una lucha contra el tiempo y el vacío. Andrade, con su experiencia en situaciones extremas, se movía con una eficiencia brutal, mientras Hermes, con su fuerza superior y su precisión robótica, trabajaba en los complejos mecanismos del motor. Las chispas volaban, el frío era extremo, pero cada tornillo, cada ajuste, era un paso más hacia la supervivencia. Después de lo que parecieron horas, el motor, aunque aún vulnerable, había sido reparado lo suficiente.

—Reparaciones externas completadas, comandante — informó Hermes, con un tono de victoria en su nueva voz metálica.

—Bien. Todos preparados para saltar. No podemos quedarnos aquí, ni dejar este cometa sin redirigir. Y mucho menos perderlo todo, perderlo todo, ¡es imposible! ¡No es una opción!

La tripulación, exhausta pero decidida, se miró entre sí. Habían salvado la Tierra, pero el precio había sido su nave y quizás su propio futuro. Ahora, se lanzarían a lo desconocido, a la desesperada búsqueda de una fuente de energía cósmica que les permitiera, tal vez, regresar a casa.

Capítulo 12: Ecos del futuro y el retorno del Sol



El salto a través del pliegue espacial fue brutal. No fue el desgarro controlado que habían experimentado al entrar en Morfeo, sino una sacudida violenta que los lanzó a un torbellino de colores y sensaciones. Cuando la nave se estabilizó, flotaban en un espacio desconocido, rodeados por una luz extraña que no era solar.

—Hemos llegado a la estrella de neutrones binaria —anunció Hermes, con la base de datos de Shilka a pleno rendimiento—. La captación de energía está en curso. El motor cuántico se está recargando.

La luz que los envolvía provenía de un gigantesco pulsar giratorio, un faro cósmico que emitía radiación gamma con una regularidad casi hipnótica. La recarga llevó horas. Cada minuto, cada segundo, resultó una tortura, una espera eterna. Finalmente, Hermes dio la señal.

—Motor cuántico al 100%. Trayectoria de retorno calculada. El salto será preciso, pero solo tenemos una única oportunidad.

La tripulación se preparó para el último gran salto. Esta vez, la salida de la Nova 2 del agujero de gusano fue más suave, como si la "ruta" se hubiera asentado. Las estrellas se recompusieron ante sus ojos y, de repente, se encontraron de vuelta en su propio tiempo, cerca de Plutón, donde Morfeo... ya no estaba.

En su lugar, donde antes se extendía la oscuridad devoradora del agujero negro, había una esfera brillante, pequeña pero creciente, una incipiente estrella en el lejano Sistema Solar.

—¡Increíble! —exclamó Elena, con los ojos llenos de lágrimas de asombro—. Morfeo ha colapsado. No se ha desvanecido, no se ha ido... ha experimentado una singularidad inversa. ¡Se ha convertido en una protoestrella! Estamos presenciando el nacimiento de un nuevo Sol.

—Hemos vuelto —susurró Andrade sintiendo que, la emoción ahogaba su voz. La visión del nuevo sol, tan joven y prometedor, era abrumadora, cautivadora, esperanzadora.

—El cometa... —Elena se volvió a su consola de escaneo con el corazón en un puño.

—El cometa sigue su trayectoria orbital segura, desviado hacia Júpiter —anunció Hermes, ahora funcionando junto a la lógica de Shilka con su propia percepción—. La línea temporal principal no ha sido alterada. La Tierra de 3157 y sus colonias existen. Nuestra misión ha sido un éxito.

Un suspiro de alivio colectivo llenó el puente. Lo habían logrado. Habían reescrito la historia sin borrar su propia existencia, y además, habían sido testigos de un evento cósmico sin precedentes.

Pero entonces, Elena detectó algo más en los ecos temporales.

—Comandante... los ecos no eran solo nuestros. Había... otras firmas temporales. Parecen ser de equipos de exploración avanzados. Parece que, al estabilizar el agujero de gusano y provocar su colapso en una protoestrella, hemos hecho posible el viaje en el tiempo de una manera más controlada. Otros podrán seguirnos.

Andrade miró el horizonte estelar. Su rostro era una mezcla de triunfo y una nueva preocupación. Habían salvado el futuro, habían dado a su sistema un nuevo Sol, pero también habían abierto una caja de Pandora. El viaje en el tiempo que una vez fue una teoría imposible, ahora era una realidad. Y la humanidad, siempre curiosa, siempre ambiciosa, no tardaría en explorarla.

Epílogo

La Nova 2 regresó a la base Helios, maltrecha pero victoriosa. La tripulación fue recibida como héroes. Sus cicatrices eran una prueba tangible de una odisea que pocos comprenderían. Bjorn se recuperó lentamente. Sus costillas estaban soldadas con nanobots. Valeria lo cuidó con una ternura que había redescubierto en la cercanía de la muerte. Eirik fue puesto bajo observación psicológica intensa. Sus visiones de la paradoja del guardián, aunque en parte delirantes, habían tocado una verdad inquietante. La existencia de la humanidad en 3157 había dependido de un evento catastrófico que ellos mismos habían prevenido. Un círculo cerrado, un bucle temporal que confirmaba que su pasado era ineludible.

Nia-Oba y Aníbal Andrade se miraron en silencio durante la ceremonia de condecoración. No hubo palabras sobre el futuro que habían anhelado, solo una comprensión tácita de que habían elegido el deber sobre la felicidad personal, asegurando la supervivencia de su especie. La lealtad silenciosa de su amor se había transformado en un respeto mutuo inquebrantable.

Hermes, reparado y con una nueva capa de piel sintética,

recibió una actualización que le permitió procesar las paradojas temporales con una comprensión más profunda, integrando a la perfección la conciencia y los datos de Shilka. Ya no era solo un androide; era un archivo viviente, un testigo y guardián silencioso de los pliegues del tiempo, un eco de la IA que se había sacrificado. Su humor,

sin embargo, permaneció intacto.

Elena Sjöberg, fascinada por los ecos temporales y el nacimiento de la protoestrella, dedicó el resto de su vida a investigar estos fenómenos. Sus teorías sobre las "rutas

temporales" y la "singularidad inversa" de Morfeo cambiaron la comprensión de la física para siempre. El viaje en el tiempo dejó de ser una quimera para convertirse en un campo de estudio viable, aunque cargado de dilemas éticos.

La humanidad, ignorante de los detalles de cómo había sido salvada, prosperó. Ares y Anrom continuaron su dominio, pero el recuerdo del cometa, una amenaza lejana que se desvaneció, quedó como un cuento. Un recordatorio de la fragilidad de la vida. Y a la distancia, el nuevo Sol en las profundidades del sistema brillaba, una promesa de energía infinita para las futuras generaciones.

En el 3177, dos décadas después del retorno de la Nova 2, una nueva nave, la Chronos-1, despegó de Helios. Su misión era explorar las nuevas rutas temporales de lo que ahora llamaban el "Portal del Tiempo", donde Morfeo una vez existió. El viaje en el tiempo había comenzado. La tripulación de la Nova 2 había salvado el presente, pero sin saberlo, había inaugurado una nueva era de exploración, llena de promesas y peligros incalculables, donde el pasado y el futuro eran solo un eco en el infinito tejido del universo.

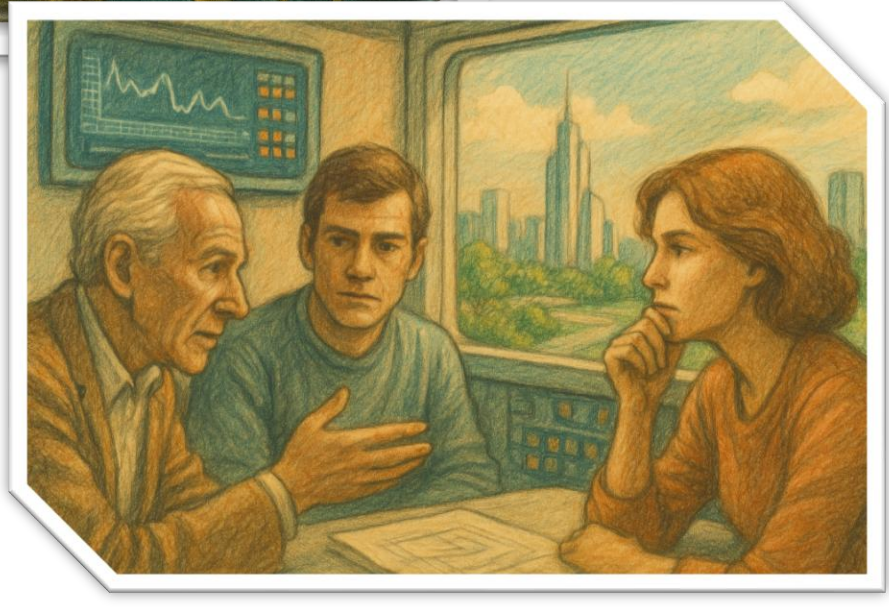
Fin.

(Volveremos en Chronos One: Comienza la exploración).

GALACTIC DEFFENCE NETWORK

NOVA 3
A NEW
PHASE

NOVA
NOVA



ANEXO: Crónicas de Calisto: La Forja de un comandante.

Calisto no era una luna, era un polvorín. Sus minas de helio-3 eran el motor de la expansión humana, pero también la cuna de una rebelión. Amron, era la única Corporación que operaba en esta luna. Los mineros automatizados, robots, ciborgs primarios, con una programación muy básica. Creados con el único propósito de hacerlos trabajar y trabajar, casi como esclavos mecánicos. Eran los llamados "Golems", que ahora se habían alzado. Un experto ingeniero era contrario a esta forma de explotación, lo cual era práctica normal en Amron. Y el entonces, Capitán Aníbal Andrade, fue enviado a apagar el fuego. Sin pensar en quien era responsable de la situación o por que ocurría aquello. Su misión: proteger la refinería principal, el Corazón de Júpiter.

"La estrategia de los Golems era simple: desgaste", explicó Aníbal a su equipo. "Atacan en enjambres, sin preocuparse por sus pérdidas. No podemos luchar en sus términos". A su lado, un joven piloto llamado Ícaro sonreía con arrogancia. "O podemos darles un golpe que no esperen, Capitán".

Ícaro era el mejor piloto de caza de la flota, un prodigio capaz de maniobras imposibles. Pero su audacia rozaba la insubordinación.

Veía la guerra como un juego, una oportunidad para demostrar su valía, sin comprender el peso de cada vida bajo su mando.

El primer asalto de los Golems fue brutal. Cientos de drones mineros modificados se lanzaron contra las defensas de la refinería. Aníbal dirigía la defensa desde el puente. Cada orden precisa, cada movimiento estaba bien calculado. Era un director de orquesta en medio de una sinfonía de explosiones.

Ícaro, desobedeciendo la orden de mantener la formación, se lanzó al corazón del enjambre. Su caza danzaba entre los láseres enemigos, derribando Golems con una precisión asombrosa. Era una visión hermosa y aterradora a la vez.

"¡Ícaro, vuelva a la formación!", rugió Aníbal por el comunicador. "¡Está comprometiendo el flanco!". Pero Ícaro, ebrio de adrenalina, no escuchó. "Estoy acabando con ellos, Capitán. ¡Confíe en mí!".

La bravuconada de Ícaro tuvo un precio. Al adentrarse demasiado, cayó en una trampa. Una red de minas magnéticas se activó, paralizando su nave. El enjambre de Golems se cerró sobre él, implacable. Su sonrisa se desvaneció, reemplazada por el pánico.

Aníbal se enfrentó a una decisión imposible. Rescatar a Ícaro significaba debilitar las defensas y arriesgar la refinería. Dejarlo era sacrificar a su mejor piloto. Por un instante, el peso del mando casi lo aplasta.

Tomó la decisión más difícil de su carrera. "Mantengan la línea de defensa", ordenó con voz de acero, aunque por dentro se rompía. "No podemos sacrificar la misión por un solo hombre". Escuchó el último grito de Ícaro por el comunicador antes de que la señal se cortara en un estallido de carga estática.

Ganaron la batalla, pero Aníbal perdió una parte de sí mismo. Aquel día, en los cielos helados de Calisto, aprendió que un verdadero líder no es el que gana todas las peleas, sino el que está dispuesto a hacer los sacrificios necesarios por un bien mayor. La mirada de acero del futuro comandante de la Nova 2 se forjó en ese fuego.

En esta misma luna, conoció a Nia-Oba, destinada a esta luna para programar el lenguaje primario de los Golems. Fue el comienzo de una relación que duró 12 años. Sin embargo, después de la muerte de Icaro, el capital Andrade, ahora comandante Anibal Andrade, era otro, más frio, distante y eso los fue distanciando, aunque Nia-Oba, sabía que parte de ese cariño aún estaba presente, a pesar de los años pasados y las experiencias vividas.